

Bajo la bandera de la revolución social

León Trotsky

25 de enero de 1917

(Versión al castellano desde “Sous le drapeau de la révolution sociale”, en *La guerre et la révolution*, Tomo II, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 244-248. Discurso pronunciado en el mitin internacional de “bienvenida” a Nueva York celebrado el día 25 de enero de 1917)

¡Camaradas!

Ante todo permitidme que exprese mi reconocimiento a los organizadores de esta reunión, a los oradores y participantes en este maravilloso encuentro sobre suelo americano. Ahora que las puertas de Europa se han cerrado provisionalmente tras de mí, confío en trabajar, mano a mano, con vosotros en la familia del socialismo revolucionario americano.

Vuestra Nueva York me ha producido la más viva impresión. Hay que añadir que llegué directamente de España, país de sol deslumbrante, de magnífico cielo, pero también país del inmovilismo, de la inseguridad y la miseria pintoresca, un país en el que la mayor parte de los habitantes todavía viven como en la época de Cervantes. Es difícil representarse mayor contraste que el que ofrecen las ciudades andaluzas y Nueva York.

Pero París, donde he pasado dos años de guerra, presenta un aspecto diferente al de Nueva York. Ya no es el viejo París, la Ciudad de la Luz, como decían los franceses con orgullo, ya no lo es ni el sentido espiritual ni en el físico. Es la ciudad de... las tinieblas. Como consecuencia de la falta de carbón, se apaga el gas a las seis de la tarde. Las ventanas están camufladas ante el miedo a los zeppelines. Las calles están oscuras y sucias. Las casas son tristes. Los corazones están consternados. Falta de todo. Es casi imposible conseguir azúcar. No hay zapateros. Se economiza hasta la menor aguja. Toda la vida económica del país está aminorada hasta el extremo. Y Nueva York asombra por sus deslumbrantes luces, su circulación, su actividad y por la posibilidad de poder conseguir todo lo que se desee, a precios milagrosos. En verdad, ¡país de maravillas! ¡País en el que se puede comprar una libra de azúcar de una sola vez!.. Gracias a esta corta exposición os podéis hacer una idea de cómo de modesta ha devenido nuestra norma europea.

¡Camaradas! El hecho económico de una inmensa importancia es que Europa destruye las bases de su economía mientras que Norteamérica se enriquece. Yo, que no he dejado de sentirme europeo, me pregunto contemplando Nueva York con envidia: ¿Se mantendrá Europa? ¿No se convertirá en un cementerio? ¿No pasará a Norteamérica el centro de gravedad de la economía y la cultura mundiales?

Este pensamiento le asalta a uno de forma mucho más natural si pasa del estado de la economía al de la política. La guerra “por la democracia” y por “el derecho” expande cada vez más el orden y costumbres zaristas.

Recuerdo que en el Congreso de Stuttgart, hace ahora diez años, un viejo socialista inglés llamado Kwelsch calificó las conferencias diplomáticas como reuniones de mentirosos y bandidos. El gobierno wurtembergués fue tan delicado que

no pudo soportarlo y expulsó al orador. Recuerdo, camaradas, las exclamaciones indignadas y los sarcasmos que acompañaron al anuncio de la expulsión y, en particular, la excitación de los miembros de la delegación francesa, habituada a las costumbres “democráticas” republicanas... Estos últimos años he podido convencerme de que el calificativo dado por el viejo inglés a los diplomáticos se corresponde con la realidad. Me encontraba en los Balcanes, en la época de la guerra de los Balcanes, y pude verificar de nuevo la veracidad del aserto citado más arriba con ocasión del ejemplo sobre una escala menor de la guerra actual: sí, los actuales dirigentes no son más que bandidos de camino real. Entré en la guerra con esta firme convicción, y no he encontrado motivos para modificar nuestro punto de vista socialista sobre la sociedad burguesa. Fui expulsado, no del Württemberg promonárquico, sino de la Francia republicana, a causa de la difusión de mis opiniones en la prensa y en pequeñas reuniones (las grandes no están autorizadas). ¿Quién me expulsó? No fue un gobierno monárquico o granducal, sino un gobierno de defensa republicana y que, además, tiene a entre sus miembros a socialistas que participaron en el congreso internacional würtemburgués: Jules Guesde, Marcel Sembat, Albert Thomas..., trio de ministros que, junto a centenares de diputados socialistas, votan a favor de los créditos militares y apoyan a la policía de Malvy.

¡He ahí el progreso político!

Me preguntáis: ¿cómo reacciona la clase obrera ante esta violación de los derechos, ante el vacío y la vuelta política al salvajismo político provocados por la guerra? ¿Qué hacen los partidos socialistas?

No quiero ni confundiros ni pintaros aldeas al estilo Potemkin. Nosotros, internacionalistas, somos la minoría en Europa. Tenemos en contra al poder burgués armado hasta los dientes, a la opinión burguesa con todas sus instituciones: el parlamento, la prensa, la universidad, la enseñanza, la Iglesia, los teatros y los cafés concierto, pues, hay que decirlo, cada café concierto se ha transformado en un cráter patriótico expulsando la lava del chovinismo. Tenemos en contra al más potente partido de la Segunda Internacional, que ha demostrado ser el principal apoyo de los gobiernos en lucha. Si se considera nuestra importancia numérica o nuestra influencia en la prensa o el parlamento, no somos más que una ínfima minoría en la arena política. Más aún, tenemos en contra (y esto es grave) a las figuras más importantes del socialismo apoyados por las potentes organizaciones obreras.

No se puede objetar nada sobre ese punto.

Quien puede dejarse guiar por las consideraciones siguientes: las autoridades reconocidas, el número de diputados y periodistas, el de los miembros del partido; quien puede dejarse guiar por esas consideraciones debe darle la espalda a la internacional revolucionaria que está a punto de construirse. No lo retendremos. Sólo queremos fieles.

Pero Liebknecht no se ha dejado guiar por los signos externos, Liebknecht no se ha dejado paralizar por la voluntad de los dirigentes de un partido de cuatro millones de adherentes; ha elevado la voz y se ha quedado solo. Yo, camaradas, yo os pregunto ¿dónde está el socialismo alemán? ¿Dónde está Scheidemann o dónde está Liebknecht? ¡La respuesta es evidente! ¿Quién ha salvado el honor de la socialdemocracia alemana y ha garantizado su futuro? ¡Liebknecht! Los corazones de los trabajadores conscientes palpitan con orgullo cuando se pronuncia el nombre de Liebknecht

¡De ahora en adelante Liebknecht ya no está solo! En Alemania hay muchos sacrificados, ya hay centenares y millares de héroes de la nueva internacional, de la acción revolucionaria y la lucha implacable.

Y mirad cómo las antiguas autoridades patentadas, tales como Kautsky, Bernstein y Haase, se ven obligadas a girar ligeramente de la derecha hacia la izquierda, en la dirección que Liebknecht les indica.

Si la fuerza reside en el número, ¿por qué se desmorona la mayoría mientras que la minoría se fortalece y crece?

Arrodillarse ante la ley del número y el peso de la autoridad es una lamentable y vergonzosa ceguera en esta época que ve el hundimiento de las viejas instituciones, de los viejos métodos, y el ascenso de fuerzas nuevas y de tendencias nuevas.

En Alemania, Liebknecht; en Austria, Friedrich Adler. En esta época de baja chovinista y de laxitud personal de los dirigentes del partido, Adler ha dado el ejemplo del coraje individual y de su preparación para el sacrificio en nuestro nombre, no en el de ellos, bajo nuestra bandera, no bajo la de ellos. Vemos el valeroso combate sostenido por Hoeglund en Suecia, Mac Lean en Inglaterra, Rascovsky en Rumania. Hoeglund y Rascovsky usan métodos revolucionarios para impedir la intervención de su país. Camaradas norteamericanos amenazados por este peligro, debéis meditar más atentamente sobre estos ejemplos europeos. Por fin, nosotros tenemos un grupo de diputados revolucionarios en la Duma que han opuesto la imponente voz de la revolución a los ladridos del patriotismo zaroburgués y a los alaridos de los socialpatriotas; nuestros diputados pagan su acción revolucionaria en Siberia... Tenemos valerosos luchadores en Italia, Serbia y Bulgaria. Están en minoría pero anuncian los tiempos futuros y preparan el triunfo del socialismo.

Tales son nuestros héroes. Pero, camaradas, ellos no son la base de nuestras expectativas y esperanzas. Basamos nuestros cálculos históricos en el renacimiento revolucionario de las masas, en ese proceso que se desarrolla en la obscuridad y que mañana triunfará con una fuerza extraordinaria.

¡Camaradas! ¿No es necesario ser, no solamente un pesimista sino, además, un misántropo, enemigo rencoroso del género humano, para creer que todos esos acontecimientos pasarán sin plantearles problemas a los dirigentes, que los hombres (al menos los que queden) volverán con sumisión a sus hogares destruidos, a sus celdas capitalistas? ¿Cómo? ¿Qué otra lección necesita la humanidad? ¿Cuántos sufrimientos y humillaciones más? ¿Cuántas experiencias sangrientas? ¿Qué toque de arrebató habrá que hacer sonar si no es el de esta guerra?

No, no será así; la guerra no puede pasar ni pasará dejando impune al capitalismo. Todas las fuerzas de la historia, ciegas y conscientes, se unen para empujar a la humanidad, demasiado tímida, demasiado paciente, demasiado rutinaria, fuera del cerco del inmovilismo, hacia la vía de la lucha revolucionaria.

Examinad los catastróficos cambios provocados por la guerra. El nivel económico, bajo pero relativamente estable, de amplias capas de la población (la pequeña burguesía y los trabajadores) ha desaparecido definitivamente. Ya no queda nada estable. Nadie sabe lo que le deparará el mañana.

Quien era rico, se ha enriquecido. Quien era pobre se ha empobrecido más. Se han profundizado todas las contradicciones, todos los contrastes son ahora más deslumbrantes, todos los infortunios son mayores, las heridas se han emponzoñado. ¡Un hecho amenazador! Los hombres se acostumbran al resultado y arrastran su miseria. Pero un empobrecimiento se presenta a menudo como un doloroso golpe. Los burgueses medios y pequeños eran la muralla del orden. Se han visto sacudidos más que nadie. El salto al abismo de la miseria ha provocado más de una vez la revuelta.

Todos estos últimos años los gobiernos republicanos han taponado sus heridas con el apósito de las reformas sociales. ¡Se acabó! Tanto para las reformas sociales como para la guerra son necesarias tres cosas: ¡dinero!, ¡más dinero!, y siempre ¡dinero!

Pero la guerra engulle el dinero. Las cajas de los estados están vacías. No habrá nuevas reformas. Las antiguas no llevarán a nada. Ningún lugar para las ilusiones. Los hombres serán más pobres, no solamente en bienes sino también en ilusiones. ¡Y desgraciada de la sociedad capitalista sin ilusiones!

Por fin, en el sentido psicológico, la guerra lleva a cabo un trabajo de reeducación peligroso para las clases poseedoras.

La guerra destruye la fuerza humillante de la *rutina*. La sabiduría resignada no dice en vano: “El hábito es una segunda naturaleza”. El acostumbramiento a la esclavitud es el aceite indispensable para la máquina de la esclavitud. Por ello, toda sacudida es peligrosa para una sociedad de clases. No se le puede arrancar impunemente a la esclavitud sus condiciones habituales, ni para elevarlas ni, menos aún, para bajarlas inmediatamente. Y la guerra ha hecho dos cosas a la vez. Ha arrancado al esclavo de su condición de esclavo, lo ha arrojado a las trincheras, donde se cubre de piojos y de sus propios desechos, y le dice, al mismo tiempo, que es un héroe y que tiene todo el derecho al reconocimiento y protección del estado.

La guerra mata la “prudencia”, esa caricatura del instinto de conservación. Los hombres se habitúan a mirar la muerte y a tenerla cara a cara. Los hombres se convencen de que incluso la misma muerte es bella. Sus nervios devienen capaces de soportar tensiones jamás conocidas hasta ese momento y no pueden soportar ya el banal ritmo de la vida cotidiana. Se ha creado un nuevo tipo de hombre. Hombres de reflejos rápido, hombres capaces de ser *audaces*. He ahí la condición esencial para la revolución.

Examinad ahora el presente y el futuro. Dos generaciones de socialistas han despertado a los proletarios para la lucha, les han abierto otras perspectivas, otros mundos. Las esperanzas de los trabajadores evolucionados de la primera y segunda internacionales no se han realizado. Sin embargo, no han desaparecido, se han colocado en el plano de los trabajos preparatorios. Se han creado organizaciones, se ha reclutado a los elementos todavía inconscientes, se les ha educado, la prensa se ha desarrollado; de esta manera se ha acumulado y puesto en reserva la energía revolucionaria de la clase obrera.

Pero antes de que el partido revolucionario haya osado lanzar a las masas a la lucha por la realización de sus esperanzas e ideales, la burguesía ha tenido el valor de recurrir a métodos crueles y sanguinarios para resolver sus problemas históricos. ¡Mucho más! Ha usado la autoridad del socialismo entre las masas para lograr sus objetivos. Los dirigentes socialistas oficiales se han convertido en los furrieles del imperialismo. El capitalismo ha logrado movilizar la ignorancia e instintos serviles, como también los prejuicios de los elementos de la clase obrera, y no solamente de sus elementos atrasados; gracias al socialpatriotismo, ha transformado esta estafa en una aureola para el servicio de las cuestiones más elevadas, de los más altos objetivos. Esta experiencia, es decir la misma posibilidad de su realización, rinde testimonio de la potencia de la burguesía y de la fuerza de su arte político. Pero todo anuncia que esta experiencia histórica será fatal para la burguesía. Acelerará la educación política de las masas, les fuerza a lavar su sangre de las trazas serviles del pasado, les obliga a vivir bajo unas condiciones en las que la vida lucha sin interrupción con la muerte; a través de su acción, verifica la sinceridad y falsedad del poder, de la Iglesia, del socialpatriotismo y del socialismo revolucionario. ¡Nosotros, los internacionalistas, saldremos triunfantes de esa verificación!

Actualmente no se puede ver cuándo y cómo terminará la guerra; ¡pero llegará a su fin! Los trabajadores saldrán de sus trincheras, se levantarán con toda su talla y mirarán alrededor de ellos y harán una estimación de la herencia de la guerra: ruina de

las bases económicas, aumento de las contradicciones, crecimiento de la miseria. De vuelta a casa encontrarán el hambre en el quicio de su puerta. Se les ha llamado héroes, se les ha prometido montañas y maravillas, ¡y no se les pueda ofrecer ni un pedazo de pan! Estos trabajadores-combatientes, salidos de las trincheras, ya no serán tan pacientes como antes de la guerra. Han aprendido a servirse de sus armas. ¿Se puede admitir la idea de que no las usarán para alcanzar sus objetivos? Simultáneamente, en todos los lugares, surgirán los jefes que, en una implacable lucha contra los socialpatriotas, les mostrarán a las masas el camino de la salvación.

Esta época inminente será la de la revolución social. Al abandonar Europa me he traído conmigo esta profunda convicción, lejos de un continente devastado, incendiado y ensangrentado; y aquí, en América, ¡os saludo bajo el signo de la revolución social inminente!

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es